

La higuera  
de las gitanas

Noelia Cortés

en el mar  
editorial

Primera edición: febrero, 2022  
Primera reimpresión: abril, 2022

© Texto: Noelia Cortés  
© Diseño cubiertas: Celia López Bacete [www.celialopezbacete.com](http://www.celialopezbacete.com)  
© Fotografías cubiertas en el mercado de Albox: Miguel Romero

Maquetación y diseño interior: Lara Losada  
ISBN-13: 978-84-122632-7-5  
Depósito legal: D.L. TO 19-2022  
Impreso en Madrid, España.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra.

A Sylvia Plath. A mi abuela Rosa.

Al pueblo gitano  
y a todo el que crea en la defensa de sus derechos  
humanos.

«¿Y por qué canta el bosque?  
Porque una mujer gitana se lamenta».

PAPUSZA

## **Declaración de intenciones**

Antes de comenzar la retahíla de reflexiones y remiendos de ideas que dan forma a este ensayo, me gustaría dejar claro que no lo escribo tras la potestad de un título universitario acorde. De hecho, aborrezco profundamente el academicismo. No escribo sobre las mujeres gitanas como historiadora, filósofa, antropóloga, socióloga o periodista. No he ido al zoo a lanzar cacahuetes a una jaula, describir lo que alcanzo a ver de las vísceras y volver a mi casa y mi vida, lejos de allí. Yo escribo desde la jaula, con la víscera sobre el escritorio. Escribo sobre mi madre y sobre la suya. Escribo desde la condena al vientre del que nacimos. Escribo desde nuestros rasgos en una fotografía de Auschwitz. Escribo desde un eco que llevamos en las venas, un pájaro que tiembla de frío.

Escribo para ti, que estás leyendo mis palabras. Considero, de corazón, que el progreso sucede mediante vínculos humanos. Si consigo crear un vínculo entre tus ideas y las mías, acercándote a una perspectiva más justa sobre la historia de las mujeres gitanas, habré cambiado un poco el mundo.

## LA HIGUERA

De entre toda la literatura feminista que he conocido, la imagen más poderosa que recuerdo es la de la higuera de Sylvia Plath. Creo que a todas las lectoras de *La campana de cristal* nos arañó por dentro visualizar aquellas majestuosas ramas, en las que cada higo era un posible futuro:

«Un higo era un marido y un hogar feliz e hijos y otro higo era una famosa poeta, y otro higo era una brillante profesora (...), y más allá y por encima de aquellos higos había muchos más higos que no podía identificar claramente. Me vi a mí misma sentada en la bifurcación de ese árbol de higos, muriéndome de hambre sólo porque no podía decidir cuál de los higos escoger. Quería todos y cada uno de ellos, pero elegir uno significaba perder el resto, y, mientras yo estaba allí sentada, incapaz de decidirme, los higos empezaron a arrugarse y a tornarse negros y, uno por uno, cayeron al suelo, a mis pies».<sup>1</sup>

A Sylvia en vida le rechazaban los poemas, que sólo triunfaron cuando el cabrón de su marido se los publicó póstumamente. Él murió de viejo como poeta laureado, ella se quitó la vida muy joven y nunca fue feliz. Él quemó

---

<sup>1</sup> Plath, Sylvia. (1963). *La campana de cristal*. Barcelona, España: Editorial Edhasa.

los últimos diarios de ella, donde contaba cosas tan reveladoras como que una paliza suya le había provocado un aborto.

Su figura fue determinante para que yo me viera reflejada en la palabra «feminismo», sin miedo a utilizarla. Era una adolescente embrujada por su testimonio de mujer, a través del que comprendí que no había otra manera de estar en el mundo que no fuera dejar nuestra historia envuelta en papel de regalo para las mujeres que vinieran después.

Un día se rompieron los espejos, y la higuera apareció con crueldad y luz en mi puerta, más allá de ensoñaciones literarias. Cada higo era una escritora, y todas tenían más dinero que yo, y ninguna era gitana. Todas sabían leer y escribir en épocas en las que mi madre no habría podido. Todas habían tenido vidas fascinantes, rodeadas de arte y de viajes, de tiempo de reflexión, de retratos y fotografías y armarios estilosos, mientras la mayoría de sus contemporáneas gitanas no constaban ni en los censos (y, si constaban, era en los discriminatorios).

Un fragmento de los diarios de Sylvia se balanceaba sobre mi cabeza, ejerciendo de péndulo entre las dos tierras: «Nada es real excepto el presente y, aun así, siento que me ahoga el peso de los siglos. Alguna chica, hace cientos de años, vivió como yo ahora vivo. Y está muerta. Yo soy el presente, pero sé que también voy a morir».<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Kukil, Karen V. (Ed). (2000). *The Unabridged Journals of Sylvia Plath*, transcribed from the original manuscripts at Smith College. New York, Anchor Books, Random House. [Traducción propia].

## **LA HABITACIÓN PROPIA**

Cada una trata de comprender el mundo a través de sus propias referencias.

Hay en cada mente una especie de bosque y un árbol tiene las historias que nos contaba nuestra abuela sobre su infancia, en otro árbol crece lo que elegimos investigar para disfrutar nuestro tiempo libre (los libros, la naturaleza, la ciencia, la artesanía, la fotografía...), otro árbol es el lugar donde hemos crecido y el siguiente árbol lleva colgados los recuerdos que nos han conmovido. En mitad del bosque está una misma, con su forma intransferible de concebir el mundo y encauzar el entendimiento de las cosas.

Otra chica se habría planteado estas ideas desde su bosque particular, y resultarían igual de interesantes, y sueño con que muchas más lo hagan. Yo recordaba el «están puestos en balanza dos corazones a un tiempo»<sup>3</sup>, y era como una cabaña bajo la lluvia. En mi bosque volaba un pájaro al que tenía que perseguir para recuperar mi propia voz, y sólo lo alcanzaba cuando me planteaba todas estas cosas a través de la literatura. De las mujeres escritoras.

---

<sup>3</sup> Monje Cruz, José. *Un tiro al aire*, alegrías de Camarón de la Isla.

Me costó muchos enfados con escritoras de otros siglos el volver a disfrutar y reivindicar sus figuras.

A veces encontramos algo que antes no parecía estar ahí, y nos arruina y desordena las cosas que más nos maravillan. Me entristeció mucho que tuviera que ocurrirme con *Una habitación propia* (1929), el ensayo feminista de Virginia Woolf gracias al cual las mujeres tenemos mucha más cabida en el mundo literario.

En el ensayo nos habla de Judith, una hermana ficticia de William Shakespeare, para encarnar en ella a las mujeres ninguneadas en la escritura. Cuenta que a Judith, como a ella, no la mandaron al colegio porque era mujer. Que, si cogía algún libro de su hermano, pronto la mandaban a coser o a vigilar el cocido.

La realidad es que Virginia tenía profesores particulares y creció en uno de los barrios más pudientes de Londres, en una casa que recibía visitas de intelectuales de la talla de Lord Alfred Tennyson, poeta laureado de la Reina Victoria.

Su vida personal no resta legitimidad a su reflexión, pero es evidente que no se daba cuenta de que ella estaba escribiendo y publicando un ensayo en una época en la que muchísimas mujeres de grupos socialmente excluidos no podían soñar con la escolarización. Para ser más exactas, el ensayo se componía de unas conferencias que había estado dando en las universidades, y para ese momento ya tenía seis novelas publicadas.

Yo no dejaba de pensar que, si la ficticia hermana de Shakespeare hubiese tenido una vecina gitana, habría sido esta vecina quien les cosiera la ropa y les hiciera de comer. Aunque hubiera tenido las más grandes ideas literarias, no habría tenido acceso a una biblioteca donde leer los pensamientos de otros y cultivar el espíritu. Ni tiempo para fantasear con escribirlas.

Al propio Shakespeare le siguen poniendo en duda la autoría de sus obras por los conocimientos de cultura clásica y el ingenio que demuestran: no eran propios de alguien de su clase social. Esto no ocurre con las obras de Virginia, aunque ella sea mujer y William no, porque en una misma persona pueden coexistir muchas realidades, y ser

mujer no significaba que no pudiera tener privilegios económicos sobre hombres como él. Yo sabía que si a mi abuela se le hubiera ocurrido en la época de Virginia la imagen de Ofelia flotando entre las flores<sup>4</sup>, le hubieran hecho lo mismo que a él en su día, negando su autoría desde las instituciones académicas.

El otro gran eje de su ensayo es la afirmación de que una mujer debe tener dinero y una habitación propia para poder escribir.

Yo no creía que Virginia, dada su posición, hubiera sido nunca la encargada de limpiar su propia casa —leamos la parte de la historia de Nelly Boxall<sup>5</sup>, su cocinera durante 18 años—. Las mujeres como Woolf tenían contratadas a otras mujeres, de clase social inferior, para realizar por ellas estas tareas. Y si a alguna de estas empleadas se le hubiera dado bien la literatura, aunque tuviera el dinero del salario, lo que no tenía era tiempo productivo: al acabar su turno y

---

<sup>4</sup> Shakespeare, W. (2011) *Hamlet* (4.7.166-183). Barcelona, España: Plutón Ediciones. Año de publicación original: 1603.

<sup>5</sup> Giménez Bartlett, Alicia. (1997). *Una habitación ajena*. Barcelona, España: Editorial Lumen.

volver a casa (¡si es que no era interna en la casa de la mujer rica, sin habitación propia!) tenía que limpiarla también.

Os pido perdón si estoy creando un conflicto similar en vuestra concepción de Virginia y de vuestras escritoras de referencia, porque comprendo ese dolor que os desbarata las facciones. Es un mal necesario.

El testimonio de Nelly (que al final fue despedida) es importantísimo para acercarnos a la luz. Me dio mucha tristeza la anécdota que cuenta que el día que terminó la Primera Guerra Mundial, Virginia les negó a ella y a Lottie —la sirvienta— que se tomasen la tarde libre para celebrarlo, porque esa noche iría a cenar T.S. Elliot y debían atenderle. Por muy empoderante que parezca para una mujer escritora cenar con un poeta tan famoso, dudo que sea muy feminista prohibir a sus criadas que celebren el fin de la guerra para que les sirvan la cena. ¿Dónde queda la pobre hermana de Shakespeare que tenía que guisar cuando quería hacer otras cosas?

Lo tuve más claro que nunca cuando al fin encontramos una fotografía de la madre de mi abuela Rosa. En el archivo del pueblo tienen las fotografías de los

gitanos sin clasificar, prometiendo una posible futura exposición que nunca sucede y que las mantiene bajo llave, desintegrándose y llevándose parte de la historia del lugar.

Era de 1971 —30 años después de la muerte de Virginia—, y ella aparecía en el *mercao* de Albox vendiendo canastos de esparto con su prima Luisa. Nunca pudo aprender a leer o a escribir. Se llamaba María Josefa Salazar.

Vivía en una cueva, en la que crecieron mi abuela y sus hermanos.

Como en otros tantos lugares del sur, como el Sacromonte tras las inundaciones del 63, llegó el dictador de cuyo nombre no queremos acordarnos y decidió que era indigno que los turistas vieran que en su España había gente viviendo en cuevas.

Mediante un plan de reubicación, a los gitanos de las cuevas de Albox les vendieron ciertas viviendas a precio muy bajo y así fue cómo mi bisabuela vivió en una casa por primera vez, poco antes de morir. Una casa bastante humilde, en un barrio que sigue teniendo tintes marginales en el imaginario del lugar y que era minúscula y frágil comparada con la mansión de la infancia de Virginia Woolf, que había nacido casi un siglo antes de ocurrir todo esto.

De modo que *Una habitación propia* defendió en 1929 que una mujer necesita dinero y una habitación propia para poder escribir, pero 40 años más tarde de la publicación de este manifiesto existían mujeres como la madre de mi abuela, tan lejos de conseguir ser escritoras como de casarse con un príncipe de cuento de hadas. Incapaces de coger entre sus manos *Una habitación propia* y leerlo siquiera, porque eran analfabetas, porque no habían podido elegirlo. Y yo tenía que digerir esta contradicción sin prender fuego a todos los ejemplares existentes, sin dejar de agradecer las reflexiones necesarias que ofrece el ensayo, sin molestarle con quien lo cite como uno de los cimientos del feminismo.

Tampoco quería ser injusta con Virginia. En la búsqueda de mi propia voz me veía una y otra vez a la orilla del río que ella misma menciona como el lugar de encrucijada para sus pensamientos: «Este collar que me habíais atado, las mujeres y la novela, la necesidad de llegar a una conclusión sobre una cuestión que levanta toda clase de prejuicios y pasiones, me hacía bajar la cabeza».<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> Woolf, V. (1929). *Una habitación propia*. Barcelona, España: Editorial Austral Singular.

El mismo remolino de ideas que me desgarraba al recordar su privilegio me hacía también admirarla por su talento y sentarme junto a ella en el río, a compartir la carga juntas. Ella no era el enemigo.

Tampoco lo eran las otras escritoras de mi higuera. El equilibrio estaba en replantearme estas cosas sin culparme por seguir queriéndolas. En encontrar mi voz sin dejar de lado las suyas.

Por otra parte, el feminismo también pertenece a mi abuela y a las que son como ella, a las otras. Sin sus relatos se destiñe toda la causa, como una acuarela en el agua. Tenía derecho a revolverme por no verme reflejada de forma realista en ninguna de aquellas grandes pensadoras siempre citadas. Tenía derecho a mantener con ellas discusiones imaginarias al comparar sus vidas con las de las mujeres que yo conozco. Pero estaba tremendamente agradecida de poder leer lo que escribieron, sus aportaciones vitales, que necesitaban compartir como mujeres en un mundo de hombres.

Si no hay más escritoras gitanas reconocidas en los últimos dos siglos —más adelante hablaré sobre Pampusza<sup>7</sup>—, donde aparecieron tantas mujeres ahora indispensables para la literatura, se debe principalmente a un problema de segregación en el acceso a la educación. Para escribir, tienes que saber leer. Es erróneo suponer que Virginia fuera más brillante que las mujeres gitanas, pobres o negras. Lo cierto es que sobresalía como escritora entre las mujeres blancas de alto rango social que tenían que demostrar que el sexismo no hacía justicia a sus talentos. También, claro está, esas mujeres disponían de los medios para producir y distribuir obras culturales, de modo que aquellos lugares les pertenecían doblemente frente a las mujeres más vulnerables.

Conclusión: es necesario señalar aquellos pilares huecos que, sin incluirnos a todas, se vendrán abajo.

Pero ellas no son el enemigo. Yo las albergo.

---

<sup>7</sup> Pampusza fue Bronislawa Wajs, primera poeta gitana cuya obra fue publicada. Murió en 1987.